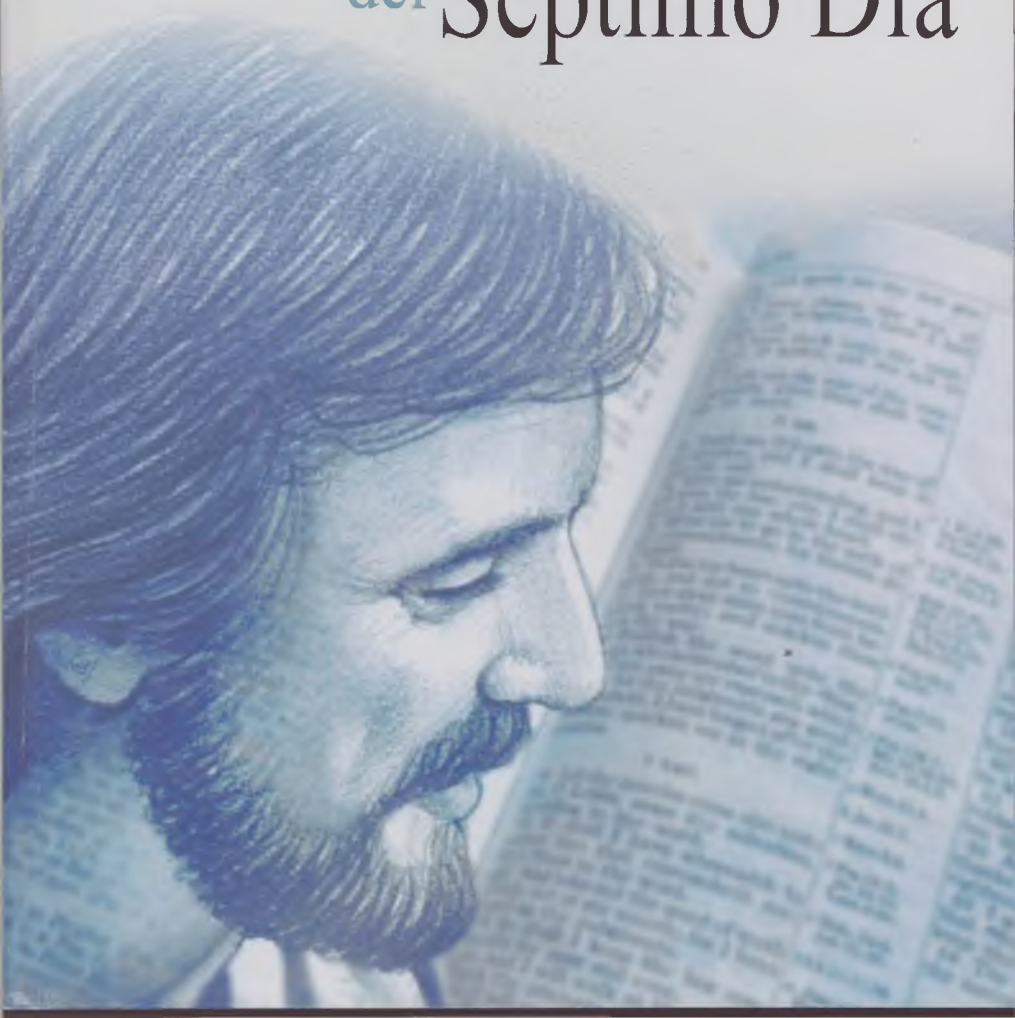


Una exposición
bíblica de las
doctrinas
fundamentales

Creencias de los Adventistas del Séptimo Día



La muerte y la resurrección

La paga del pecado es la muerte. Pero Dios, el único que es inmortal, otorgará vida eterna a sus redimidos. Hasta ese día, la muerte constituye un estado de inconsciencia para todos los que han fallecido. Cuando Cristo, que es nuestra vida, aparezca, los justos resucitados y los justos vivos serán glorificados, todos juntos serán arrebatados para salir al encuentro de su Señor. La segunda resurrección, la resurrección de los impíos, ocurrirá mil años después (Rom. 6:23:1 Tim. 6:15,16; Ecl. 9:5, 6; Sal. 146:3, 4; Juan 11:11-14; Col. 3:4; 1 Cor. 15:51-54; 1 Tes. 4:13-17; Juan 5:28,29; Apoc. 20:1-10).

EL EJÉRCITO FILISTEO SE DIRIGIÓ a Sunem, estableció su campamento y se preparó para atacar a Israel. La estrategia poco optimista del rey Saúl colocó al ejército de Israel en el cercano monte de Gilboa. En el pasado, la seguridad que Saúl tenía de la presencia de Dios lo capacitó para guiar a Israel sin temor alguno contra sus enemigos. Pero había dejado de servir al Señor, y cuando el apóstata rey trató de comunicarse con Dios acerca de la batalla que se acercaba, Dios rehusó comunicarse con él.

El temor al futuro incierto y sombrío pesaba grandemente sobre Saúl. Si tan solo Samuel estuviera allí... Pero Samuel había muerto y ya no podía contar más con él. ¿O quizás podría?

Saúl localizó a una médium que había escapado de la persecución que él había ordenado contra todos los brujos, la visitó y quiso saber por su medio cuáles serían los resultados de la batalla del día siguiente. Primero le pidió que trajera a Samuel ante su presencia. Durante el trance, la médium "vio un espíritu ascender de la tierra". Este espíritu informó al ansioso rey que Israel no solo perdería la guerra, sino que él y sus hijos morirían (ver 1 Sam. 28).

La predicción se cumplió. Pero ¿era realmente el espíritu de Samuel el que hizo

390 . LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN..

la predicción? ¿Cómo podría un médium, condenado por Dios, tener poder sobre el espíritu de Samuel, el profeta de Dios? Y, ¿de dónde vino Samuel? Si no fue el espíritu de Samuel el que habló a Saúl, ¿quién era? Veamos lo que la Biblia enseña en cuanto a la muerte, la comunicación con los muertos y la resurrección.

La inmortalidad y la muerte

La inmortalidad es el estado o condición de no estar sujeto a la muerte. Los traductores de la Escritura usaron la palabra *inmortalidad* para traducir el término griego *athanasia*, “sin muerte”, y *aphtharsia*, incorruptible. ¿Cómo se relaciona este concepto respecto de Dios y los seres humanos?

La inmortalidad. La Escritura revela que el eterno Dios es inmortal (1 Tim. 1:17). De hecho, él es “el único que tiene inmortalidad” (1 Tim. 6:16). Dios no es un Ser creado, tiene existencia propia, y no tiene comienzo ni final (ver el capítulo 2 de este libro).

“En ningún lugar las Escrituras describen la inmortalidad como una cualidad o estado que el hombre —o su ‘álma’ o ‘espíritu’— posee en forma inherente. Por lo regular, los términos relacionados con ‘álma’ y ‘espíritu’... se mencionan en la Biblia más de 1.600 veces, pero nunca están asociados con las palabras ‘inmortal’ o ‘inmortalidad’” (ver el capítulo 7 de esta obra).¹

Entonces, lo contrario de Dios, los seres humanos son mortales. La Escritura compara sus vidas con la “neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Sant. 4:14). Son carne, un “soplo que va y no vuelve” (Sal. 78:39). El hombre “sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece” (Job. 14:2).

Hay una diferencia muy marcada entre Dios y los seres humanos. Dios es infinito, ellos son finitos. Dios es inmortal, ellos son mortales. Dios es eterno, ellos son transitorios.

Inmortalidad condicional. En la creación, “Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gén. 2:7). La creación nos revela que el hombre obtuvo vida de Dios (compárese con Hech. 17:25, 28; Col. 1:16, 17). El corolario de este hecho básico es que la inmortalidad no es un atributo humano sino un don de Dios.

Cuando Dios creó a Adán y a Eva, les dio libre albedrío: poder para escoger. Podían obedecer o desobedecer, y su existencia continuada dependería de su continua obediencia mediante el poder de Dios. De modo que la posesión del don de la inmortalidad era condicional.

Dios explicó cuidadosamente las consecuencias que sufrirían al hacer mal uso de ese don: comer del “árbol de la ciencia del bien y del mal”. Dios les advirtió: “El día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gén. 2:17).²

La muerte: La paga del pecado. En contradicción a la advertencia de Dios que la desobediencia les traería muerte, Satanás les aseguró: “No moriréis” (Gén. 3:4). Pero después que transgredieron el mandato de Dios, Adán y Eva descubrieron que la paga del pecado es, en verdad, la muerte (Rom. 6:23). Por su pecado debieron oír esta frase: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Gén. 3:19). Estas palabras no apuntan a la continuación de la vida sino a su terminación.

Después de haberles dado esta sentencia, Dios marginó a la pareja pecaminosa del árbol de la vida para que no “coma y viva para siempre” (Gén. 3:22). Su acción indicó claramente que la inmortalidad prometida a condición de la obediencia se había perdido por el pecado. Ahora se habían convertido en mortales, sujetos a la muerte. Y como Adán no podía transmitir lo que ya no poseía, “la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12).

Fue solo la misericordia de Dios lo que hizo que Adán y Eva no murieran inmediatamente. El Hijo de Dios había ofrecido dar su vida para que ellos tuvieran otra oportunidad. Él fue “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apoc. 13:8).

Esperanza para la humanidad. Aunque la gente nace siendo mortal, la Biblia los anima a buscar la inmortalidad (ver Rom. 2:7). Jesucristo es la fuente de esta inmortalidad: “La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23; compárese con 1 Juan 5:11). Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad” (2 Tim. 1:10). “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Cor. 15:22). Cristo mismo dijo que su voz abriría sepulcros y resucitaría a los muertos (Juan 5:28,29).

Si Cristo no hubiera venido, la situación de la raza humana hubiera sido sin esperanza, y todos los que han muerto perecerían eternamente. Sin embargo, por él, ninguno necesita perecer. Juan dijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). De modo que el creer en Cristo no solo anula la sentencia de muerte, sino asegura también a los creyentes el don precioso de la inmortalidad.

Cristo compró y “sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Tim. 1:10). Pablo nos asegura que “las Sagradas Escrituras te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim. 3:15). Los que no aceptan el evangelio no recibirán la inmortalidad.

La recepción de la inmortalidad. Pablo describe el momento cuando se otorga el don de la inmortalidad: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar

392 . LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN.

de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor. 15:51-54). Esto hace claro que Dios no otorga la inmortalidad al creyente en el momento de su muerte, sino en su resurrección, cuando suene la última trompeta. **Entonces** “esto mortal” se vestirá “de inmortalidad”. Aunque Juan señala que recibimos el don de la vida eterna cuando aceptamos a Jesucristo como nuestro Salvador personal (1 Juan 5:11-13), este don se implementará cuando Cristo regrese. Solo allí seremos cambiados de mortales a inmortales, de corruptibles a incorruptibles.

La naturaleza de la muerte

Si la muerte es la cesación de la vida, ¿qué dice la Biblia acerca de la condición de la persona durante la muerte? ¿Qué es lo que hace importante que los cristianos comprendan esta enseñanza bíblica?

La muerte es un sueño. La muerte no es una aniquilación completa, es solamente un estado de inconsciencia temporal mientras la persona espera la resurrección. La Biblia llama repetidamente a este estado intermedio un sueño.

El Antiguo Testamento, refiriéndose a la muerte de David, Salomón y los demás reyes de Israel y de Judá, dice que dormían con sus padres (1 Rey. 2:10; 11:43; 14:20, 31; 15:8; 2 Crón. 21:1; 26:23, etc.). Job llamó a la muerte un sueño (Job 14:10-12), lo mismo David (Sal. 13:3), Jeremías (Jer. 51:39,57) y Daniel (Dan. 12:2).

El Nuevo Testamento usa el mismo término. Al describir la condición de la hija de Jairo, que estaba muerta, Jesús dijo que ella dormía (Mat. 9:24; Mar. 5:39). En la misma forma se refirió a Lázaro cuando estaba muerto (Juan 11:11-14). Mateo escribió que “muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron” después de la resurrección de Cristo (Mat. 27:52), y al registrar el martirio de Esteban, Lucas escribió que “durmió” (Hech. 7:60). Tanto Pablo como Pedro también llamaron a la muerte un sueño (1 Cor. 15:51, 52; 1 Tes. 4:13-17, 2 Ped. 3:4).

La representación bíblica de la muerte como un sueño se adapta claramente a su naturaleza, como lo demuestra la siguiente comparación: (1) Los que duermen están inconscientes. “Los muertos nada saben” (Ecl. 9:5). (2) Durante el sueño los pensamientos conscientes cesan. “Sale su aliento... y en ese mismo momento perecen sus pensamientos” (Sal. 146:4). (3) El sueño pone fin a todas las actividades del día. “En el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo ni ciencia, ni sabiduría (Ecl.

9:10). (4) El sueño nos desliga de los que están despiertos y de sus actividades. “Nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol” (vers. 6). (5) El sueño normal deja inactivas las emociones conscientes. “Su amor y su odio y su envidia fenecieron ya” (vers. 6). (6) Durante el sueño los seres humanos, no alaban a Dios: “No alabarán los muertos a Jehová” (Sal. 115:7). (7) El sueño anticipa un despertar. “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida” (Juan 5:28,29).³

La persona vuelve al polvo. Para poder comprender lo que sucede a una persona en la muerte, debemos comprender su naturaleza. La Biblia presenta a una persona como una unidad orgánica (ver el capítulo 7 de esta obra). A veces usa la palabra alma para referirse a toda la persona, y en otras ocasiones a los afectos y emociones. Pero no enseña que el hombre está compuesto de dos partes separadas. El cuerpo y el alma solo existen juntos; forman una unión inseparable.

En la creación humana, la unión del polvo (elementos de la tierra) y el aliento de vida produjeron un ser viviente o alma. Adán no recibió el alma como entidad separada; **llegó a ser** un alma viviente (Gén. 2:7; ver también el capítulo 7 de este libro). En la muerte sucede lo contrario; el polvo de la tierra sin el aliento de vida resulta en una persona muerta o un alma en estado de total inconsciencia (Sal. 146:4). Los elementos que componen el cuerpo vuelven a la tierra de la cual fueron formados (Gén. 3:19). El alma no tiene existencia consciente fuera del cuerpo, y ningún escrito indica que en la muerte el alma sobrevive como una entidad consciente. De manera que “el alma que pecare, esa morirá” (Eze. 18:20).

El lugar de los muertos. El Antiguo Testamento llama *seol* (hebreo) al lugar donde van los muertos, mientras que el Nuevo Testamento lo llama *hades* (griego). En la Escritura *seol* a menudo significa simplemente el sepulcro.⁴El significado de *hades* es similar al de *seol*.⁵

Todos los muertos van a este lugar (Sal. 89:48), tanto justos como malos. Jacob dijo: “Descenderé... hasta el Seol [sepulcro]” (Gén. 37:35). Cuando la tierra “abrió su boca” para tragar a Coré y a sus compañeros, éstos descendieron vivos al sepulcro (Núm. 16:30).

El *seol* recibe a la persona completa en su muerte. Cuando Cristo murió, fue a la tumba (*hades*, Hech. 2:27, 31, o *seol*, Sal. 16:10). Cuando David agradeció a Dios por haberlo sanado, testificó que su alma había sido librada del sepulcro [*seol*]” (Sal. 30:3).

En el sepulcro hay una absoluta inconsciencia.⁶Por cuanto la muerte es un sueño, los muertos quedan en estado de inconsciencia en el sepulcro hasta la resurrección, cuando el sepulcro (*hades*) entregue a los muertos (Apoc. 20:13).

El espíritu vuelve a Dios. Aunque el cuerpo vuelve al polvo, el espíritu vuelve a Dios. Salomón dijo que en la muerte “el polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio” (Ecl. 12:7). Esto sucede tanto a justos como malos.

Muchos piensan que este texto da evidencia de que la esencia de la persona continúa viviendo después de la muerte. Pero en la Biblia el término *espíritu* ni en hebreo ni en griego (*ruaj* y *pnéuma*, respectivamente) se refiere a una entidad inteligente capaz de una existencia consciente fuera del cuerpo. Más bien estos términos se refieren al “aliento”: la chispa de vida esencial para la existencia individual, el principio de vida que acciona a los animales y a los seres humanos (ver el capítulo 7 de esta obra).

Salomón escribió: “Porque lo que sucede a los hijos de los hombre, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia... Todo va a un mismo lugar, todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu [*ruaj*] de los hijos de los hombres sube arriba, y el espíritu [*ruaj*] del animal desciende abajo a la tierra?” (Ecl. 3:19-21). De modo que según Salomón, en la muerte no hay ninguna diferencia entre el espíritu del hombre y el de los animales.

La declaración de Salomón que el espíritu [*ruaj*] vuelve a Dios que lo dio indica que lo que vuelve a Dios es simplemente el principio de vida que él impartió. No hay indicación de que el espíritu, o el aliento, sea una entidad consciente separada del cuerpo. Este *ruaj* equivale al “aliento de vida” que Dios sopló en el primer ser humano para accionar su cuerpo sin vida (compárese con Gén. 2:7).

Armonía mediante las Escrituras. Muchos cristianos sinceros que no han estudiado las enseñanzas completas de la Biblia en cuanto a la muerte, no se dan cuenta que la muerte es un sueño hasta la resurrección. Se han aferrado a diversos pasajes que dan la idea de que el espíritu y el alma tienen una existencia consciente después de la muerte. El estudio cuidadoso revela que la enseñanza insistente de la Biblia es que la muerte causa la cesación de la conciencia.⁷

El espiritismo. Si los muertos están completamente inconscientes, entonces, ¿con qué o quién se comunican los médiums espiritistas?

Toda persona sincera admitirá que por lo menos algunos de estos fenómenos son falsos; pero que otros no lo son. Es evidente que hay un poder sobrenatural ligado con el espiritismo. ¿Qué es lo que enseña la Biblia al respecto?

1. *La base del espiritismo.* El espiritismo se originó con la primera mentira de Satanás a Eva: “no moriréis” (Gén. 3:4). Sus palabras fueron el primer sermón

sobre la inmortalidad del alma. En la actualidad, a través de todo el mundo, religiones de todas clases fatuamente repiten este error. Para muchos, la sentencia divina de “el alma que pecare, esa morirá” (Eze. 18:20) ha sido invertida para decir que “el alma, aunque peque, vivirá eternamente”.

Esta doctrina errónea de inmortalidad natural ha llevado a creer en el estado consciente de los muertos. Como hemos visto, estas posiciones contradicen directamente la enseñanza bíblica sobre este tema. Fueron incorporadas en la fe cristiana provenientes de la filosofía pagana —particularmente la de Platón— durante la época de la gran apostasía (ver el capítulo 13 de esta obra). Estas creencias llegaron a predominar entre la cristiandad y todavía hoy continúan siendo dominantes.

Creer que los muertos están conscientes ha predispuesto a muchos cristianos a aceptar el espiritismo. Si los muertos están vivos y en la presencia de Dios, ¿por qué no pueden volver a la tierra como espíritus activos? Y si pueden, ¿por qué no tratar de comunicarse con ellos y recibir su consejo e instrucción, para evitar el infortunio, o recibir consuelo en la tristeza?

Al promover esta línea de razonamiento, Satanás y sus ángeles (Apoc. 12:4,9) han establecido un medio de comunicación mediante el cual pueden llevar a cabo sus engaños. Usando tales medios como las sesiones espiritistas, se disfrazan de seres queridos que ya han fallecido, y supuestamente dan consuelo y seguridad a los deudos. A veces predicen sucesos futuros, los cuales cuando se cumplen, fortalecen su convicción. Luego las herejías peligrosas que proclaman toman el papel de auténticas, aunque contradigan la Biblia y la ley de Dios. Habiendo quitado las barreras contra el mal, Satanás tiene libertad de apartar a la gente de Dios y llevarlos a una segura destrucción.

2. **Advertencia contra el espiritismo.** Ninguno necesita ser engañado por el espiritismo. La Biblia claramente expone su falsedad. Como hemos visto, la Biblia nos dice que los muertos nada saben, que descansan inconscientes en la tumba.

La Biblia también prohíbe firmemente cualquier intento de comunicarse con los muertos o el mundo espiritista. Declara que los que dicen comunicarse con los muertos, como los médiums espiritistas lo hacen en la actualidad, realmente se están comunicando con “espíritus familiares” que son “espíritus de demonios”. El Señor dijo que estas actividades eran abominables y que los que las practicaran serían castigados con la muerte (Lev. 19:31; 20:27; compárese con Deut. 18:10,11).

Isaías expresó muy bien la necedad del espiritismo. “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, respondió: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”

396 . LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN..

(Isa. 8:19, 20). Así es, solamente las enseñanzas de la Biblia pueden salvaguardar a los cristianos contra este horrible engaño.

3. *Manifestaciones del espiritismo.* La Biblia registra diversas actividades espiritistas —desde los magos de Faraón y los magos, astrólogos y adivinos de Nínive y Babilonia hasta las brujas y médiums de Israel— y los condena a todos. Un ejemplo de ello es la sesión espiritista a que Saúl asistió en Endor, la cual mencionamos al comienzo de este capítulo.

La Escritura dice: “Y consultó Saúl a Jehová; pero Jehová no le respondió ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas” (1 Sam. 28:6). Entonces, Dios no tuvo nada que ver con lo que sucedió en Endor. Saúl fue engañado por un demonio que se disfrazó de Samuel, quien ya había muerto; Saúl nunca vio al verdadero Samuel. La bruja vio la forma de un anciano, mientras que Saúl solo “entendió” o concluyó que se trataba de Samuel (vers. 14).

Si creemos que esa aparición realmente era Samuel, debemos prepararnos para creer que las brujas y brujos, las pitonisas, los adivinos, los espiritistas, o los médiums pueden llamar a los justos muertos desde el lugar adonde van cuando mueren. Debemos también aceptar que Samuel estaba en un estado consciente en la tumba, porque el anciano “subió de la tierra” (vers. 13).

Esta sesión no le produjo ninguna esperanza a Saúl, sino profunda depresión. Al día siguiente se suicidó (1 Sam. 31:4). Sin embargo, el supuesto Samuel había predicho que en ese día Saúl y sus hijos estarían con él (1 Sam. 28:19). Si tenía razón, tendríamos que llegar a la conclusión que después de la muerte el desobediente Saúl y el justo Samuel habrían de estar juntos. En vez de ello, debemos concluir que un ángel malo produjo la escena de engaño que ocurrió en aquella sesión.

4. *El engaño final.* En el pasado las manifestaciones de espiritismo estaban confinadas al ámbito del ocultismo, pero más recientemente el espiritismo ha tomado una apariencia “cristiana” para poder engañar al mundo cristiano. Al profesar la aceptación de Cristo y la Biblia, el espiritismo ha llegado a ser un enemigo peligroso para los creyentes. Sus efectos son sutiles y engañosos. Mediante la influencia del espiritismo “se interpreta la Biblia para agradar al corazón irregenerado mientras que se anula el efecto de sus verdades solemnes y vitales. Los espiritistas hacen hincapié en el amor como si fuese atributo principal de Dios, pero lo rebajan hasta hacer de él un sentimentalismo enfermizo y hacen poca distinción entre el bien y el mal. La justicia de Dios, su reprobación del pecado, las exigencias de su santa ley, todo eso lo pierden de vista. Enseñan al pueblo a que mire el Decálogo como si fuera letra muerta. Fábulas agradables y encantadoras cautivan los sentidos e inducen a los hombres a que rechacen la Biblia como fundamento de su fe”⁸

A través de estos medios el bien y el mal llegan a ser relativos y cada persona, o situación, o cultura, llega a ser la norma en cuanto a la “verdad”. En resumen, cada persona llega a ser un dios, cumpliendo la promesa de Satanás: “Seréis como dioses” (Gén. 3:5).

Ante nosotros está “la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero” (Apoc. 3:10). Satanás se apresta para usar grandes señales y milagros en su esfuerzo final para engañar al mundo. Hablando de este engaño maestro, Juan dijo: “Y vi salir... tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso (Apoc. 16:13, 14; compárese con 13:13,14).

Solo podrán escapar los que se mantienen bajo el poder de Dios, con sus mentes fortalecidas con las verdades de la Escritura, aceptándola como su única autoridad. Los demás no tienen protección y serán arrasados por este engaño.

Laprimera y segunda muerte. La segunda muerte es el castigo final para los pecadores que no se arrepienten: todos los que no tienen sus nombres escritos en el libro de la vida. Sucede al final de los 1.000 años (ver el capítulo 27 de esta obra). De esta muerte no hay resurrección. Con la destrucción de Satanás y los injustos, el pecado es erradicado y la muerte misma será destruida (1 Cor. 15:26; Apoc. 20:14; 21:8). Cristo nos ha dado la seguridad de que “el que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte” (Apoc. 2:11).

Tomando en cuenta que la Escritura define a la segunda muerte, podemos concluir que la primera muerte es lo que toda persona —excepto los que son trasladados— experimenta como resultado de la transgresión de Adán. Es “la consecuencia normal que la humanidad sufre debido a los efectos degenerativos del pecado”⁹

La resurrección

La resurrección es “la restauración de la vida, después de la muerte, junto con la plenitud de su ser y su personalidad”.¹⁰ Por cuanto la humanidad está sujeta a la muerte, tiene que haber una resurrección si se ha de experimentar la vida más allá del sepulcro. A través del Antiguo y Nuevo Testamento, los mensajeros de Dios han expresado esperanza en una resurrección (Job. 14:13-15; 19:25-29; Sal. 49:15; 73:24; Isa. 26:19; 1 Cor. 15).

La esperanza de la resurrección, de la cual tenemos evidencia sólida, nos anima a creer que disfrutaremos un futuro mejor, más allá de este mundo actual en el cual todos estamos destinados a morir.

La resurrección de Cristo. La resurrección de los muertos justos a la inmortalidad está íntimamente relacionada con la resurrección de Cristo, porque es el Cristo resucitado el que finalmente levantará a los muertos (Juan 5:28,29).

1. **Su importancia.** ¿Qué habría pasado si Cristo no hubiese resucitado? Pablo abrevia las consecuencias: (a) No habría razón para predicar el evangelio: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación" (1 Cor. 15:14). (b) No habría perdón por nuestros pecados: "Si Cristo no resucitó... aún estáis en vuestros pecados" (vers. 17). (c) No tendría ningún propósito creer en Jesús: "Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana" (vers. 17). (d) No habría una resurrección general de los muertos: "Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?" (vers. 12). (e) No habría esperanza más allá de la tumba: "Si Cristo no resucitó... entonces también los que durmieron en Cristo perecieron" (vers. 17,18).¹

2. **Una resurrección corporal.** El Cristo que salió de la tumba era el *mismo* Jesús que vivió aquí en carne y hueso. Ahora tiene un cuerpo glorificado, pero todavía es un cuerpo tangible. Era tan real que algunos ni siquiera notaron la diferencia (Luc. 24:13-27; Juan 20:14-18).

El mismo Jesús negó ser espíritu o fantasma. Hablando a los discípulos dijo: "Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como véis que yo tengo" (Luc. 24:39). Para probar la realidad física de su resurrección, también comió ante ellos, (vers. 43).

3. **Su impacto.** La resurrección tuvo un impacto electrizante en los discípulos de Cristo. Transformó a aquel grupo de hombres débiles y atemorizados en apóstoles valientes dispuestos a hacer cualquier cosa por su Señor (Fil 3:10,11; Hech. 4:33). La misión que cumplieron como resultado de esto estremeció al Imperio Romano y trastornó al mundo entero (Hech. 17:6).

"Fue la certeza de la resurrección de Cristo lo que trajo interés y poder en la predicación del evangelio (ver Fil. 3:10, 11). Pedro habla de la 'resurrección de Jesucristo de los muertos' como una acción generadora de 'esperanza viva' para los creyentes (1 Ped. 1:3). Los apóstoles se consideraban a sí mismos ordenados a ser testigos 'de su resurrección' (Hech. 1:22), y basaban sus enseñanzas de la resurrección de Cristo en las predicciones mesiánicas del Antiguo Testamento (Hech. 2:31). Fue su conocimiento personal de 'la resurrección del Señor Jesús' lo que otorgó 'gran poder' a su testimonio (Hech. 4:33). Los apóstoles despertaron la oposición de los dirigentes judíos cuando salieron a predicar 'en Jesús la resurrección de los muertos' (vers. 2)... Cuando Pablo fue llevado ante el Sane-

drín, declaró que fue por causa 'de la esperanza y de la resurrección de los muertos' que se lo juzgó ante ellos (Hech. 23:6; compárese con 24:21). Pablo escribió a los Romanos que Jesucristo 'fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos' (Rom. 1:4). Hablando del bautismo, él explicó que el cristiano da testimonio de su fe en la resurrección de Cristo (Rom. 6:4, 5).”¹²

Las dos resurrecciones. Cristo enseñó que hay dos resurrecciones generales: una “resurrección de vida” para los justos y una “resurrección de condenación” para los injustos (Juan 5:28, 29; Hech. 24:15). Los mil años separan estas resurrecciones (Apoc. 20:4, 5).

1. **La resurrección de vida.** Los que son levantados en la primera resurrección son los “benditos y santos” (Apoc. 20:6). Ellos no experimentarán la segunda muerte en el lago de fuego al final de los mil años (vers. 14). Esta resurrección para vida e inmortalidad (Juan 5:29; 1 Cor. 15:52,53) se llevará a cabo en la segunda venida (1 Cor. 15:22, 23; 1 Tes. 4:15-18). Los que la experimenten no podrán morir más (Luc. 20:36). Estarán unidos con Cristo para siempre.

¿Cómo será el cuerpo resucitado? Como Cristo, los santos resucitados tendrán cuerpos reales. Y como Cristo se levantó glorificado, así también saldrán los justos. Pablo dijo que Cristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21). Él llama al cuerpo sin gloria “cuerpo natural” y al glorificado “cuerpo espiritual”; al antiguo ser, mortal y corruptible, y al ulterior, inmortal e imperecedero. El cambio de la mortalidad a la inmortalidad sucede instantáneamente en la resurrección (ver 1 Cor. 15:42-54).

2. **La resurrección de condenación.** Los injustos serán levantados en la segunda resurrección general, la cual sucederá al final de los mil años (ver el capítulo 27 de esta obra). De esta resurrección se procede al juicio final y a la condenación (Juan 5:29). Aquellos cuyos nombres no se encuentran en el libro de la vida serán resucitados en esa ocasión y “lanzados en el lago de fuego” donde experimentarán la segunda muerte (Apoc. 20:14,15).

Los perdidos podrían haber evitado este fin trágico. La Escritura presenta en forma inequívoca la forma que Dios da para escapar: “Convertios, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis?... Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertios, pues, y viviréis” (Eze. 18:30-32).

400 . LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN.

Cristo promete que “él que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte” (Apoc. 2:11). Los que aceptan a Jesús y la salvación que él otorga experimentarán gozo indescriptible en su retorno culminante. Llenos de gozo sin fin, pasarán la eternidad en compañía de su Señor y Salvador.

Referencias

1. “Immortality”, *SDA Encyclopedia* ed. rev., p. 621.
2. A través de los siglos, cristianos prominentes de muchas denominaciones: luteranos, reformados, anglicanos, bautistas, congregacionalistas, presbiterianos, metodistas, etc., han expuesto las enseñanzas bíblicas de la inmortalidad condicional. Entre los más prominentes estuvieron los siguientes: del siglo XVI: Martín Lutero, William Tyndale, John Frith, George Wishart; del siglo XVII: Robert Overton, Samuel Richardson, John Milton, George Wither, John Jackson, John Canne, el arzobispo John Tillotson, el Dr. Isaac Barrow; del XVIII: el Dr. William Coward, Henry Layton, el Dr. Joseph N. Scott, el Dr. Joseph Priestly, Peter Pecard, el archidiacono Francis Blackburne, el obispo William Warburton, Samuel Bourn, el Dr. William Whiston, el Dr. John Tottie, el Prof. Henry Dodwell; del siglo XIX: el obispo Timothy Kendrick, el Dr. William Thomson, el Dr. Edward White, el Dr. John Thomas, H. H. Dobney, el arzobispo Richard Whately, el decano Henry Alford, James Panton Ham, Charles F. Hudson, el Dr. Robert W. Dale, el decano Frederic W. Farrar, Hermann Olshausen, el canónigo Enrique Constable, William Gladstone, Joseph Parker, el obispo John J. S. Perowne, Sir George G. Stokes, el Dr. W. A. Brown, el Dr. J. Agar Beet, el Dr. R. F. Weymouth, el Dr. Lyman Abbott, el Dr. Edward Beecher, el Dr. Emanuel Petavel-Olliff, el Dr. Franz Delitzs, el obispo Charles J. Ellicot, el Dr. George Dana Boardman, J. H. Pettingell; del siglo XX: el canónigo Guillermo H. M. Hay Aitken, Eric Lewis, el Dr. William Temple, el Dr. Gerardus van der Leeuw, el Dr. Aubrey R. Vine, el Dr. Martin J. Heinecken, David R. Davies, el Dr. Basil F. C. Atkinson, el Dr. Emil Brunner, el Dr. Reinhold Niebuhr, el Dr. T. A. Kantonen, el Dr. D. R. G. Owen. Ver *Questions on Doctrine* [Preguntas sobre doctrina], pp. 571-609; Froom, *The Conditionalist Faith of Our Fathers* [La fe condicionalista de nuestros padres], Washington, DC: Review and Herald, 1965,1966), tomos 1 y 2.
3. Ver “Muerte”, *Diccionario bíblico adventista*, p. 811.
4. R. L. Harris, “The Meaning of the Word Sheol as Shown by Parallels in Poetic Texts” [El significado de la palabra *seol* mostrado en forma paralela en los textos poéticos], *Journal of the Evangelical Theological Society*, die., 1961, pp. 129-135; ver *Comentario bíblico adventista*, t. 3, pp. 1013,1014.
5. *Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 376.
6. La única excepción es cuando *seol* se usa en forma figurada (ver Eze. 32:21) o *hades* en una parábola (Luc. 16:23). *Seol* se menciona más de 60 veces en el Antiguo Testamento, pero en ningún lugar se refiere al lugar de castigo después de la muerte. Esa idea fue más tarde unida *agehenna* (Mar. 9:43-48), no a *hades*. Hay solamente una excepción (Luc. 16:23). Ver *Comentario bíblico adventista*, t. 3, pp. 1013,1014,
7. Se cree que los siguientes pasajes han causado dificultad para la interpretación de las enseñanzas de las Escrituras sobre la naturaleza de la muerte. Pero al estudiarlos más cuidadosamente resultan estar en armonía con el resto de la Escritura.
- a. *La muerte de Raquel*. Refiriéndose a la muerte de Raquel, la Escritura dice “al salirse el alma” (Gén. 35:18). Esta expresión simplemente indica que en su último momento de lucidez, y con su último aliento le puso a su hijo un nombre. Otras versiones dicen “al dar su último suspiro”.

b. *Eliás y el niño muerto*. Cuando Eliás oró para que volviera el alma del hijo muerto de la viuda de Sarepta, Dios le contestó resucitando al muchacho (1 Rey. 17:21, 22). Este fue el resultado de la unión del principio de vida con el cuerpo, ninguno de los cuales estaba vivo o consciente cuando estaban separados.

c. *La aparición de Moisés en el monte*. La aparición de Moisés en el Monte de la Transfiguración no provee evidencia de la existencia de los espíritus conscientes o de la presencia de todos los muertos justos en el cielo. Poco antes de este suceso, Jesús había dicho a sus discípulos que antes de que murieran, algunos de ellos verían al Hijo del hombre en su reino. Esta promesa se cumplió en Pedro, Santiago y Juan (Mat. 16:28-17:3)

En el monte, Cristo les reveló la gloria del reino de Dios en miniatura. Allí estaba Cristo, el Rey glorioso, junto con Moisés y Eliás: representantes de las dos clases de súbditos del reino. Moisés representaba a los muertos justos que serán resucitados de sus tumbas en el segundo advenimiento, y Eliás representaba a los justos vivos que van a ser trasladados al cielo sin haber muerto (2 Rey. 2:11).

Judas provee evidencia de la resurrección especial de Moisés. Después que Moisés murió y fue enterrado (Deut. 34:5, 6), hubo una disputa entre Miguel y el diablo acerca del cuerpo de Moisés (Jud. 9). Por la aparición de Moisés en el monte se puede concluir que el diablo perdió la batalla y Moisés fue resucitado de su tumba, siendo el primer caso conocido en que Cristo haya aplicado su poder para resucitar muertos. Este hecho no provee evidencia para la doctrina de la inmortalidad del alma. Más bien apoya la doctrina de la resurrección corporal.

d. *La parábola del hombre rico y Lázaro*. La historia del hombre rico y Lázaro ha sido usada para enseñar acerca de los muertos (Luc. 16:19-31). Desafortunadamente, los que la interpretan en esta forma no han reconocido que esta historia es una parábola que, si se tomara literalmente en cada detalle, sería absurda. Los muertos recibirían su recompensa como seres reales con ojos, lengua, dedos, etc. Todos los justos estarían en el seno de Abraham, y el cielo y el infierno estarían a un paso de distancia. Ambos grupos recibirían su recompensa al morir, lo contrario de las enseñanzas de Cristo, según las cuales la recibirán en el segundo advenimiento (Mat. 25:31-41; Apoc. 22:12).

Este relato es una parábola, uno de los métodos de enseñanza favoritos de Cristo. Cada parábola está registrada para enseñarnos una lección, y lo que Cristo enseñaba no tiene nada que ver con el estado de los muertos. La moraleja de esta parábola es la importancia de vivir de acuerdo con la Palabra de Dios. Jesús mostró que el hombre rico se preocupaba de las cosas materiales y rechazaba el cuidado de los pobres. El destino eterno se decide en la vida presente y no hay una segunda oportunidad. La Escritura es la guía para el arrepentimiento y la salvación, y si no atendemos las advertencias de la Palabra de Dios, nada nos podrá alcanzar. Así, Cristo terminó la parábola con las palabras: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos" (Luc. 16:31).

Cristo simplemente empleaba elementos de algún relato común de los judíos en el cual los muertos sostenían una conversación (el concepto de *hades* y el seno de Abraham de la parábola era muy similar a la tradición judía. Ver "Discourse to the Greeks Concerning Hades" [Discurso dirigido a los griegos con relación al sepulcro], *Josephus' Complete Works* [Obras completas de Josefo], traducido por William Whiston [Grand Rapids: Kregel, 1960], p. 637). Algunas parábolas similares se encuentran en la Biblia, en las cuales los árboles hablan (Jue. 9:7-15; compárese con 2 Rey. 14:9). Ninguno usaría esta parábola para comprobar que los árboles pueden hablar. Por esto, deberíamos evitar concederles a las parábolas de Cristo un significado que contradiga la abundante evidencia bíblica y las enseñanzas de Cristo acerca de que la muerte es un sueño.

402 LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN..

e. *La promesa de Cristo al ladrón.* Cristo prometió al ladrón en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:43). Evidentemente el paraíso es sinónimo del cielo (2 Cor. 12:4; Apoc. 2:7). Según esta forma de traducir el texto, Cristo iría al cielo ese viernes para estar en la presencia misma de Dios, y de igual manera el ladrón. Sin embargo, en la mañana de la resurrección, Cristo mismo dijo a María cuando ésta se echó a sus pies para adorarlo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). El hecho de que Cristo quedó en la tumba durante el fin de semana fue confirmado por las palabras del ángel que les dijo: “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (Mat. 28:6)

¿Se contradijo Jesús a sí mismo? No. Para entender el texto debemos tener en cuenta la puntuación. Los primeros manuscritos de la Biblia no tenían comas ni espacios entre palabras. La inserción de la puntuación y la división de las palabras puede afectar considerablemente el significado del texto. Los traductores de la Biblia usan el mejor juicio crítico al colocar los signos de puntuación, pero realmente su labor no ha sido inspirada.

Si los traductores, que en general hicieron un excelente trabajo, no hubieran insertado el vocablo “que”, y hubieran colocado la coma en Lucas 23:43 *después* de “hoy” en vez de *antes*, este pasaje no contradeciría la enseñanza de los otros textos que en la Biblia hablan de la muerte. Entonces se comprendería correctamente el significado de las palabras de Cristo: “De cierto, te digo hoy [este día, en que muero como un criminal], estarás conmigo en el paraíso”. En armonía con la enseñanza bíblica, Jesús aseguró al ladrón que estaría con él en el paraíso: una promesa que será cumplida después de la resurrección de los justos en su segunda venida.

f. *Partir y estar con Cristo.* Pablo dijo: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”. “Estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:21, 23). ¿Esperaba Pablo entrar al cielo inmediatamente después de la muerte?

Pablo escribió mucho sobre el tema de estar con Cristo. En otra carta que escribió acerca de “los que duermen en Jesús”, dijo que en el segundo advenimiento, los muertos justos serían resucitados, y junto con los justos vivos serían “arrebataados juntamente con ellos... para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:14,17).

En el fondo, vemos que en su carta a los Filipenses, Pablo no presenta una exposición detallada respecto a lo que pasa en la muerte. Simplemente expresa su deseo de dejar su vida problemática para estar con Cristo, sin hacer referencia o dar explicación respecto al período de tiempo entre la muerte y la resurrección. Su esperanza está centrada en la promesa personal de estar eternamente en compañía de Jesús. Para los que mueren no hay un largo intervalo entre el tiempo cuando cierran sus ojos en la muerte y cuando los abran en la resurrección. Por cuanto los muertos no están conscientes y no se dan cuenta del correr del tiempo, la mañana de la resurrección parecerá venir en el momento después de su muerte. Para el cristiano, la muerte es ganancia; pues ya no tiene más tentaciones, pruebas ni tristezas, y en la resurrección recibirá el don glorioso de la inmortalidad.

8. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 614.

9. “Muerte”, *Diccionario bíblico adventista*, p. 811; compárese con *Questions on Doctrine*, p. 524.

10. “Resurrección”, *Diccionario bíblico adventista*, pp. 985,986.

11. *Questions on Doctrine*, pp. 67,68.

12. “Resurrección”, *Diccionario bíblico adventista*, pp. 985,986.

Encuentra más materiales para las clases J.A en www.mundoja.org

MUNDO  J.A

Síguenos





Creencias de los Adventistas del Séptimo Día

Una exposición
bíblica de las
doctrinas
fundamentales

Jesús, el foco central

de las Escrituras y de la historia, también es el foco central de la doctrina y la experiencia del adventista. En este libro dinámico tiene a la mano sus creencias fundamentales; puede explorarlas, considerarlas, estudiarlas y corroborarlas.

Este tomo muestra en detalle cómo cada creencia está basada en la Biblia y centrada en Jesucristo. Las diferentes creencias o doctrinas destacan diversas facetas del amoroso carácter de Cristo. Cada una revela cómo es él y lo que significa una relación con él.

Los miembros de la Iglesia Adventista pueden leer este libro para profundizar en las raíces de su fe, para redescubrir aquellos detalles de la verdad que los inspiraron cuando sintieron por primera vez el gozo de la salvación.

Estudiantes de cualquier trasfondo descubrirán ricas enseñanzas conducentes a una relación personal satisfactoria con Jesús. Si usted es miembro de otra iglesia, en este libro encontrará algunas perspectivas nuevas. Los cristianos seguimos siendo una minoría en el mundo. Necesitamos sacar provecho de nuestro conocimiento mutuo y crecer. Este libro es una contribución de la Iglesia Adventista en favor del crecimiento “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 3:18).

Creencias de los Adventistas del Séptimo Día representa una fuente auténtica de información en cuanto a las enseñanzas de la Iglesia Adventista, porque fue escrito por adventistas. Más de 230 hombres y mujeres examinaron el manuscrito y contribuyeron a la publicación de este libro. Muchos compartieron vivencias ganadas a través de años de estudio, oración y una relación personal con Jesús.



ISBN 978-987-567-362-5



9 789875 1673625